

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**SANTA CRESCENCIA HÖSS**

**S. MILLÁN – 2019**

**SANTA CRESCENCIA HÖSS**

**Imprimatur**  
**Monseñor José Carmelo Martínez**  
**Obispo de Cajamarca (Perú)**

**S. MILLÁN – 2019**

## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

Su infancia.  
Monasterio de Kaufbeuren.  
Entrada al convento.  
Acusada y maltratada.  
Profesión religiosa.  
María.  
La Eucaristía.  
El Espíritu Santo.  
Su ángel.  
Los santos.  
Almas del purgatorio.  
Dones sobrenaturales a) Profecía.  
b) Conocimiento sobrenatural.  
c) Éxtasis.  
d) Ciencia infusa.  
e) El Corazón de Jesús.  
f) Perfume sobrenatural.  
g) Multiplicaciones sobrenaturales.  
h) Sanaciones.  
i) Milagros.  
Salvación de Kaufbeuren.  
Superiora.  
Sufrimientos.  
Humildad y obediencia.  
Los pobres.  
Su muerte.  
Después de su muerte.  
Segunda fundadora.

### CONCLUSIÓN BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

La vida de santa Crescencia Höss es una vida mística de primer orden. Tuvo muchos carismas y dones sobrenaturales. El Señor se complació en ella, que fue generosa ofreciendo al Señor todos sus sufrimientos para consolar a Jesús, y conseguir la salvación de los pecadores y la liberación de las almas del purgatorio.

Los datos principales de su vida los hemos sacado especialmente de la biografía escrita por el padre Ignacio Jeiler, que se basó en las Actas del Proceso de canonización, y también en el Summarium de los testigos del mismo Proceso.

Hay una biografía de la Vida de Crescencia, digna de toda fe, escrita por una religiosa de su mismo monasterio. Esta biografía fue escrita 4 años después de la muerte de la beata por sor María Gabriela Merz. El original se conserva en el monasterio de Kaufbeuren con el título: *Vida y virtudes de la venerable hermana María Crescencia Höss*.

Sor Gabriela escribe sobre su libro: *Confirmo con juramento cuanto he referido y, por ser esto verdad, lo firmo de propia mano y lo sello con el de nuestro convento de Maleroff de la Orden tercera de San Francisco, a 23 de agosto de 1748. María Gabriela Merz, profesa, de 28 años de edad*

Del padre Pamer existen muchas cartas autógrafas sobre la sierva de Dios. Él fue durante muchos años el confesor del monasterio y murió en concepto de santidad el 4 de mayo de 1769.

También el padre Domingo Ott escribió la vida de sor Crescencia y afirma que todo lo que escribe lo ha comprobado él mismo o visto u oído de fieles dignos de fe. Incluso asegura: *El padre Pamer me hizo leer y copiar la memoria que él escribió sobre las virtudes heroicas de Crescencia*.

Otro importante documento es el escrito de 1807 del padre Cayetano María Kolb. Afirma que escribe una recopilación de pensamientos y sentimientos de la venerable Crescencia. Es una copia de apuntes que Crescencia habría escrito para su propio uso desde 1618 a 1741.

Es digno de mención el Compendio de la vida de la venerable, hecho por José Placidi, editado por el padre Adriano Tison, abogado de la causa de beatificación de Crescencia. Hay otro Compendio escrito por Simon Buchfelner en 1822. Y no olvidemos las Actas del Proceso de canonización que el padre Ignacio Jeiler ha podido tener en sus manos y leerlas detenidamente para escribir su biografía.

Con estos documentos podemos estar seguros de los hechos que nos refieren, aunque nos parezcan demasiado maravillosos, pero para Dios nada hay imposible, cuando quiere glorificar a sus santos.

**Nota.-** *Jeiler* hace referencia al libro del padre Ignacio Jeiler, *Vita della beata Madre María Crescenza Höss, secondo gli atti della beatificazione*, Firenze, 1900.

*Summarium* se refiere al Sumario de las declaraciones de los testigos del Proceso de canonización, que está en la *Positio super virtutibus*. Hay dos añadidos: Sumario adicional y Sumario objeccional.

## SU INFANCIA

Su padre se llamaba Matías Höss y era católico practicante. Era un tejedor de lana, trabajador, honesto y excelente padre de familia. La madre se llamaba Lucia Hörmann. Era hija de un cirujano de Füssen y, habiendo aprendido de su padre algunas prácticas de cirugía, a veces la llamaban para fajar llagas, curar algunos males o arreglar fracturas de huesos, de modo que desde la mañana a la tarde estaba siempre a disposición de quien la necesitaba. Su predilección eran los pobres y, como una religiosa de la caridad, los atendía en ocasiones día y noche a su cabecera.

Dios bendijo este matrimonio con ocho hijos, tres varones y cinco mujeres. Dos hijos y dos hijas se fueron pronto al cielo. El tercero, José, sucumbió en accidente, debido al empujón de un amigo que le hizo caer en un sótano.

María, la mayor, se hizo religiosa y murió a los 83 años después de haber llevado una vida edificante. Regina se casó y tuvo 16 hijos, cinco de los cuales fueron religiosos en diversas Órdenes. Orbata se quedó pronto viuda, cayó enferma y no pudo llevar adelante el negocio de su difunto esposo, viviendo en la miseria. Su hermana Crescencia la ayudó con personas influyentes, conocidas y admiradoras de Crescencia.

Crescencia nació el 12 de octubre de 1682. Al día siguiente fue bautizada en la parroquia de San Martín y recibió el nombre de Ana. Fueron sus padrinos Matías Propst y María Vögel.

Las Actas del Proceso de canonización hablan que Crescencia desde los tres y cuatro años tuvo la gracia de ver al Niño Jesús y a su ángel custodio. Sobre esto habla mucho el padre Ott en su biografía.

Entre otras cosas afirma: *Ana tenía tres años cuando un día Jesús se le presentó en forma de un hermoso niño, vestido con una tela de color morado, sembrado de flores, cubierto con un manto rojo y con la cabeza y los pies desnudos. Estaba sola y tenía delante una taza con leche, una manzana y una pera, recibidas de su madre. La niña le invitó a Jesús a tomar lo que quisiera, pero el pequeño le respondió: “Mi Padre tiene alimentos y frutos mejores, más dulces que estos en su jardín”.*

*¿Quién es tu padre? ¿Dónde vive? ¿Cómo te llamas tú? ¿Cómo se llama tu madre? Jesús respondió: “Mi Padre es el Padre del cielo. Yo vivo en la celestial Jerusalén. Me llamo Jesús y el nombre de mi madre es María”.*

Entonces la pequeña le pidió que la llevara donde su Padre para estar en su jardín. Al instante, puesta en éxtasis, fue llevada al paraíso y Dios le dijo: *Si tú quieres ser mi hija, debes amar únicamente a mi Hijo y a mí; y no mezclarte con otros niños. Debes buscar la soledad y obedecer a tus padres.* Después Jesús, con una sonrisa, le dijo: *No hay más que un solo Dios en quien debes creer. Es uno en tres personas. El Padre, yo, el Hijo y el Espíritu Santo. Los tres somos un solo Dios. Esta es la primera verdad que debes saber y creer.*

Ana en ese momento por una gracia especial recibió la plenitud del uso de razón y, al cesar el éxtasis, se encontró acostada en su cama, donde la madre, creyendo que el éxtasis no era más que un profundo sueño, la había puesto.

Estas comunicaciones celestiales se renovaron otras veces como lo prueba la segunda aparición de Jesús Niño, contada por el mismo biógrafo, el padre Ott, en su libro (1, p. 58). Jesús se le apareció y le dijo: *Hija mía, mi delicia es estar con los hijos de los hombres.* Después la abrazó tiernamente y le puso un anillo en el dedo, añadiendo: *Ahora te tomo como novia. Tú eres mía y yo soy tuyo. Tu corazón y el mío deben ser una sola cosa.*

También Ana, al igual que otros santos, veía frecuentemente a su lado a su ángel custodio que la acompañaba a la escuela y a la iglesia. Él le enseñaba las verdades de nuestra santa religión y especialmente el modo de hacer todas las obras con un fin sobrenatural, por amor a Dios. La divina providencia hizo que Ana recibiese la confirmación y la primera comunión mucho antes de lo acostumbrado. Fue confirmada entre los cuatro y cinco años junto con su hermana mayor de seis años. Era el día 23 de mayo de 1685 ó 1686. Y recibió la primera comunión a los siete años en su parroquia de San Martín. Ya algunos años antes hacía con frecuencia comuniones espirituales, que se prolongaban a veces hasta una hora entera.

Sus padres la enviaron desde pequeña al catecismo de la parroquia, donde, como narran algunos testigos, atraía hacia sí las miradas de todos por su sabiduría y lucidez en sus respuestas. En la escuela y en la iglesia fue un modelo para sus compañeras. En poco tiempo aprendió a leer y escribir. Y sus padres, no viendo necesidad de que fuera profesional, la retuvieron en casa para ayudar en las tareas domésticas. Solo le hicieron estudiar música. Su profesor de canto admiraba su facilidad para aprender. Dios fue pródigo con ella pues tenía una inteligencia rápida y profunda, viva imaginación y carácter amable y dócil, con un corazón tierno y a la vez fuerte. Con su habilidad ayudaba a su padre a tejer.

## **MONASTERIO DE KAUFBEUREN**

Había en Kaufbeuren un monasterio pobre, habitado por religiosas de la Tercera Orden de San Francisco. Su fundadora fue la señorita Ana Hof hacia el año 1050. Al principio era solo una casa en la que algunas mujeres vivían en común haciendo trabajos manuales. Servían a Dios del mejor modo posible sin pertenecer a ninguna Orden concreta. En el siglo XIV, hacia el año 1315, estas hermanas, por orden de los obispos, abrazaron la Regla de la Tercera Orden de San Francisco. Eran dirigidas por el párroco de la parroquia, pues no había franciscanos en la ciudad. En 1691 los jesuitas abrieron un colegio en Kaufbeuren y tomaron la capellanía de las hermanas hasta que en 1719 vinieron confesores ordinarios de Maierhoff.

En 1335 hubo un terrible incendio que dejó casi en cenizas toda la ciudad, excepto siete casas. También el monasterio quedó reducido a cenizas. Fue reconstruido, pero más pequeño y estrecho; y con el tiempo tuvieron que ampliarlo un poco.

Cuando vino la Reforma protestante, los protestantes se enseñorearon de la ciudad. El 6 de agosto de 1545 el Consejo de la ciudad prohibió en todo su territorio el ejercicio de la antigua religión, es decir, de la católica. Los cinco sacerdotes católicos debieron abandonar el lugar. Después recurrieron a todas las formas posibles para hacer la vida imposible a las religiosas para que se fueran. La Superiora, Regina Kirchmayer, y las 14 religiosas permanecieron firmes en su convento, pero no pudieron hacer los oficios públicos ni en su capilla ni en la ciudad. Esto durante tres años desde el 7 de agosto de 1545 hasta el 10 de julio de 1548. La victoria del emperador Carlos V sobre la Liga de Schmalkalden reabrió las puertas de las iglesias trayendo una paz relativa. Las religiosas de Kaufbeuren no sufrieron agresiones físicas, pero sí restricciones y se mantuvieron firmes en su fe católica. Esto les hizo vivir en una gran pobreza por las dificultades de conseguir alimentos. La nueva Superiora, Juana Altweger, que gobernó de 1707 a 1741, encontró en casa solo medio florín y además una gran cantidad de necesidades urgentes. Las rentas eran muy escasas y el trabajo manual no alcanzaba para su sustento.



## ENTRADA AL CONVENTO

Cuando Crescencia quiso entrar en el monasterio, su padre se opuso, diciéndole que él nunca le podría dar la dote necesaria para el ingreso, que ella tenía mala salud y lo mejor que podía hacer era quedarse en casa soltera y vivir honestamente del trabajo de sus manos. Ella intentó convencer a su padre en varias ocasiones, pero todo fue inútil.

Un día ella misma fue al monasterio y habló con la Superiora, Madre Teresa Schmid, pero le dijo que el convento era demasiado pobre para recibirla sin dote. Durante dos años sus súplicas fueron en vano. Un día llegó la hora del Señor e hizo un milagro. En el claustro que comunicaba el coro del monasterio había un crucifijo. Ana fue de visita y, paseándose por ese lugar, se arrodilló y suplicó a Jesús de darle la gracia esperada. De pronto desde lo alto se oyó una voz que le decía: *Esta será tu morada*. A la voz milagrosa se unió otro hecho, certificado por varios testigos y confirmado por sor Gabriela Merz en su biografía: *El crucifijo, que antes tenía la boca cerrada, quedó con la boca abierta como todavía hoy se puede ver*<sup>1</sup>.

Este suceso produjo una viva impresión en las hermanas, dando lugar a varias discusiones sin sospechar la verdadera causa. Pasaron algunos años, cuando vista la virtud de Crescencia, la Madre Juana Altweger le preguntó sobre esto y le respondió, obligada por la obediencia, lo que había sucedido. Animada por este suceso, Ana le dijo a su padre: *Estoy segura de que voy a entrar en el monasterio. “Que dices, hija mía. ¿De dónde te viene esa imaginación? Sácate ese pensamiento de tu cabeza. Yo no te puedo dar nada y sin dote nadie te recibirá”*. En ese tiempo se esparció por la ciudad la voz de que el monasterio rehusaba aceptar a la buena de Ana. Católicos y protestantes unidos expresaron su disgusto a la Superiora. La gracia de Dios había hecho que el alcalde de la ciudad fuera un protestante, Matías Wörle, que estimaba a Ana y que intercedió por ella ante la Superiora. Además ofreció ceder el local de la taberna para que estuvieran tranquilas. Aprovechando de su autoridad, presionó a la Superiora y ella, con el consentimiento de las hermanas, recibió el 5 de junio de 1703, aceptó recibirla sin dote.

De esta manera el 16 de junio de ese año abandonó la casa paterna y fue recibida en el monasterio. Y al día siguiente de su ingreso, el padre provincial de los franciscanos le impuso el santo hábito.

---

<sup>1</sup> Summarium, fol 5.

## ACUSADA Y MALTRATADA

Un día Crescencia vio al Salvador salir de la celda de la Superiora Teresa Schmid, cargado con una pesada cruz. Su espíritu se iluminó de repente y se dio cuenta de que esta cruz sería su herencia y la Superiora el instrumento por el que Dios quería purificarla con sufrimientos. La incapacidad para gobernar de Teresa Schmid pronto se manifestó y las cosas empezaron a ir de mal en peor hasta que en 1707 hubo que deponerla de su cargo, único caso en la historia del monasterio, lo que explica la ausencia de su nombre del catálogo de Superiores del convento.

La Superiora tuvo cuatro o cinco hermanas que también la secundaron e hicieron la vida imposible a Crescencia. Para justificar la persecución decían que había entrado en el monasterio impuesta por la fuerza y, además, sin dote, ocasionando así grave daño a la comunidad. El caso era que querían que se fuera a su casa y, si no se podía, tenerla en la casa como sirvienta y, por ello, le mandaban hacer todas las tareas pesadas del convento.

Por otra parte, encontraban razones en los problemas que Crescencia tenía con los asaltos diabólicos. El demonio se le hizo presente desde su entrada con el permiso de Dios. Estaba en la cocina como ayudante y se le rompían los vasos o platos, se apagaba el fuego, se caían las ollas. Hoy una cosa, mañana otra. ¿De quién era la culpa? De la pobre Crescencia, acusada de malicia y, a veces, de brujería, porque no entendían algunas cosas que le sucedían.

A causa de estos ataques del diablo la comunidad estaba conmocionada. Unas juzgaban a Crescencia como poseída por el demonio, otras estaban dudosas y algunas decían que era una bruja y que había hecho un pacto con el demonio. Algunas hermanas huían de ella si la encontraban y se hacían la señal de la cruz y tomaban precauciones para que sus vestidos no tocasen los de Crescencia.

La acusaron ante el confesor y el padre provincial de no guardar el silencio. Sus alimentos eran los peores, no podía sentarse a la mesa con todas en el comedor, le daban el pan pasado y comida en poca cantidad, de modo que pasaba hambre. La maestra de novicias, que no entendía el modo de proceder de la Superiora, lloraba de ver la crueldad de la Superiora y trataba de ayudar a Crescencia, dándole alimentos a escondidas. Pero lo peor eran las órdenes recibidas en cosas ridículas.

Por ejemplo, le mandaba la Superiora hacer reír con bromas a los huéspedes y después la reprendía por lo que había hecho. Algunas hermanas le decían que no estaba obligada a obedecer esas cosas, pero ella prefería callar y obedecer. Además rezaba en el día y en la noche por la Superiora.

El demonio buscaba por su parte la manera de desanimarla y hacerla salir del convento. Ella amaba mucho a su padre y el diablo le andaba diciendo que su padre era piel y huesos por el disgusto que ella le había causado y le presentaba lo bien que había estado en su familia y cómo ahora era maltratada y perseguida. Dos veces el demonio se le presentó en la figura de su hermana pequeña, lamentándose de que sus padres no hacían más que llorar y que no podían salir adelante en su trabajo sin ella y debía sentirse obligada a ayudarles. También una vez le dijo, bajo la misma figura de su hermana, que su padre estaba en la puerta del convento esperando impaciente que regresara a casa. Y le mostró la llave y los vestidos para poder huir. Pero Crescencia se puso en oración, hizo la señal de la cruz, invocó a Jesús y María; y el Espíritu Santo descendió sobre ella, que le dijo al demonio: *No he venido aquí por ti, ni por ti me saldré*. Y así desapareció el demonio.

Otro día según informa en su biografía sor Gabriela Merz, se le presentó el demonio en figura de cazador, llevándole los vestidos de seglar e invitándola a huir por un foso que pasaba debajo del monasterio y salía a la calle, pero no le hizo caso.

A veces, cuando Crescencia estaba en presencia de sus hermanas, el demonio la golpeaba a bastonazos o una mano invisible la golpeaba contra el suelo y eso con tanta violencia que le salía sangre de la boca y de la nariz. Una vez, la arrastraron por el suelo y en un instante la llevaron fuera del comedor. Las hermanas corrieron detrás de ella y, después de haber buscado mucho por todo el convento, la encontraron en un lugar de la casa bajo un montón de nabos. Otra vez, llevada del mismo modo, la encontraron entre las maderas de unas cubas y con esfuerzo pudieron sacarla.

En tiempo de descanso, se sentía con frecuencia un rumor espantoso delante de la celda de Crescencia, como si fuera un preanuncio, y después espectros horribles en forma de bestias o de serpientes o de tarántulas o escorpiones llenaban su celda.

Una noche se oyó un ruido tremendo como chillidos. En un momento Crescencia fue sacada de la celda y tirada por las escaleras, traspasando dos puertas que estaban cerradas, y llevada hasta el foso que atravesaba el patio. Allí los demonios la metieron en el foso y la tiraron bajo un montón de leña. Algunas hermanas corrieron ante el estrépito, fueron a buscarla y finalmente la encontraron oprimida por grandes trozos de leña con la cabeza en la nieve y tiritando de frío, es decir, medio muerta <sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Summarium N° 13.

Un día estaba en el granero y, de pronto, se oyó un ruido sordo. La Superiora mandó de inmediato a dos hermanas a ver qué pasaba. Y vieron a Crescencia toda ensangrentada, entre dos travesaños del techo. La caída de esa altura fue tal que le hizo perder dos dientes y el hueso de la nariz quedó herido y se le formó un bulto que le duró toda la vida. Apenas se repuso, volvió el demonio y la tiró bajo una caja llena de hierros viejos.

A estas trágicas aventuras diabólicas se unían otras cómicas. Un día, mientras vigilaba en la cocina una enorme olla, vio que estaba llena de gusanillos. Sor Juana Altweger, que estaba cerca, vio que una mano invisible llevaba la olla y dejó caer su contenido sobre la cabeza de la sierva de Dios, produciéndole en la cabeza y en el cuerpo dolorosas quemaduras <sup>3</sup>.

Otra vez estaba Crescencia para llevar una sopa de vino a la comunidad, cuando un fantasma, negro como un africano, tomó la sopera y trató de llevársela. Crescencia invocó la ayuda de Dios y con un cucharón de madera golpeó al demonio ladrón y pudo recuperar la sopera. La comunidad aplaudió y dijo que nunca había comido un alimento tan agradable.

Crescencia les confesaba a las novicias que el demonio le sugería continuamente pensamientos como: *Tú serás condenada, hagas lo que hagas. Todo será cosa perdida. Tú eres objeto de abominación a los ojos de Dios. Tus plegarias y obras buenas no hacen más que disgustarlo.*

Durante cuatro años estuvo con estos grandes ataques del demonio y solamente en algunas ocasiones el Señor se le manifestaba y le hacía vivir momentos de cielo para que tuviera fuerzas para seguir luchando y ofreciendo sus dolores por amor a Jesús.

Un día llegaron al monasterio de visita dos franciscanos que iban a Maierhoff. Entraron en el monasterio invitados por la Superiora y trataron de examinar a Crescencia para ver de dónde venían tales ataques demoniacos. La conclusión de ellos fue que Crescencia había hecho un pacto con el demonio o que era una estúpida en grado superlativo <sup>4</sup>. La Superiora, ante esta sentencia condenatoria de dos frailes jóvenes, encerró a Crescencia en un lugar de la casa donde le daba poco de comer, pero el Señor no la abandonó y vino a visitarla inundándola de luz y de delicias celestiales, transformando aquel lugar en un verdadero paraíso.

---

<sup>3</sup> Summarium N° 6.

<sup>4</sup> Summarium N° 8; animadversiones, p. 9.

En esta época fue admitida en el monasterio por recomendación del confesor de la comunidad Daniel Kuile, Catalina Kemper, que era pariente de este sacerdote. Esta admisión fue un poco extraña, ya que no había más que 20 celdas y estaban todas ocupadas, pero la Superiora lo solucionó diciendo a Crescencia que fuese a dormir a otro lugar o pidiera un sitio en la celda de alguna hermana. Así estuvo tres años implorando de puerta en puerta por las noches que alguna hermana le diera hospitalidad para dormir en un rincón de su celda. Esto tuvo que soportarlo hasta que la maestra de novicias se enfermó y dejó el dormitorio por la enfermería.

El provincial franciscano estaba muy confundido con Crescencia y no estaba seguro, si era una sierva de Dios o una poseída del demonio u otra cosa. Un día pensó: Si en este momento Crescencia, sin ser llamada, me trajese una vela encendida, yo tendría una señal de que es Dios quien la guía.

Al instante llegó Crescencia con la vela encendida. Disimulando la sorpresa, el provincial le dijo con tono áspero: *¿Qué es esto? ¿Traer una vela encendida en pleno día?* Ella respondió humildemente: *Usted me lo ha pedido para sellar una carta y yo me he sentido impulsada a traérsela.* Con esto el provincial quedó convencido de que el Señor la guiaba.

En la celda de Crescencia había un gran crucifijo. Una mañana la Superiora, mientras la sierva de Dios estaba en el coro, tomó el crucifijo y lo escondió en un lugar al que nadie podía acceder, con la persuasión de que Crescencia la importunaría para recobrar el crucifijo. Pasó un día y dos y Crescencia no dijo nada. La Superiora, maravillada de su silencio, le preguntó si tenía todavía su crucifijo y ella le dijo que sí. La Superiora vio que lo tenía en la celda como siempre. Sabiendo que nadie lo había podido llevar, tuvo así la prueba de que Crescencia no era una farsante, sino que tenía un auténtico espíritu.

## **PROFESIÓN RELIGIOSA**

Durante su año de noviciado, así como para la Superiora y otras cuatro o cinco hermanas, era una mala persona, para otras hermanas era un ejemplo y la admiraban por su vida de piedad, amor y obediencia. Especialmente había tres que la apoyaban en todo. Se llamaban Beatriz Leder, Benedicta Pez y Juana Altweger. Esta última sucedería a la Madre Teresa como Superiora. Ellas la apoyaron para que, después del año de noviciado, pudiera hacer la profesión, que celebró el 18 de junio de 1704.

Cuando el día de su profesión se acercaba a comulgar, los ojos de todos estaban fijos en ella y muchos lloraron al verla tan devota y recogida. Parecía que no era un ser de esta tierra, sino que estaba rodeada de espíritus celestiales. El confesor declaró: *Antes de pronunciar sus votos fue elevada en éxtasis, pareciendo que no vivía ya en la tierra. Jesucristo, su novio divino, se le apareció acompañado de su madre, mientras su ángel custodio estaba a su lado y la conducía al lugar donde debía celebrar sus bodas. El Señor le puso un anillo de incomparable belleza en el dedo, diciéndole: “Ahora te tomo como esposa y mi madre te pondrá bajo el manto de su protección”*. Inmediatamente después, pronunció los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Aquel día, según la costumbre del monasterio, le cambiaron el nombre de Ana por el de Crescencia, santa Crescencia fue virgen y mártir.

## MARÍA

Al nombre de María, inclinaba siempre la cabeza en señal de devoción a su querida madre. Decía: *Mi más ansiada gloria sería poder dar la vida en favor del misterio de la Inmaculada Concepción y derramar mi sangre para atestiguar que María fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto*. Todos los días rezaba el Oficio de la Inmaculada, lo mismo que el rosario y las letanías. Al Angelus se arrodillaba para rezar la plegaria del ángel con las avemarías. Para las fiestas de la Virgen se preparaba de modo especial con mortificaciones, oraciones y una novena con ayunos.

En una oportunidad se acercaba la fiesta de Navidad y cayó gravemente enferma. Ofrecía todos sus dolores a Jesús como un regalo por Navidad. La Virgen se le apareció y le entregó a Jesús Niño y la colmó de caricias, diciéndole: *Hija, tu mal será calmado*. Cuando devolvió al Niño a su madre, María le dijo: *Yo seré siempre tu madre*.

El padre Ott refiere que un día de Adviento Crescencia saludaba a María y a su Hijo diciendo: *Sea alabado y bendito, oh María, el precioso tesoro que has recibido del Espíritu Santo. Sea alabado y bendito el fruto de tu vientre*. A estas palabras María se le apareció rodeada de resplandores celestiales y con su Hijo en brazos, que ella ofreció a Crescencia, diciéndole: *He aquí el fruto de mi vientre*. Y Crescencia tomó en sus brazos a Jesús y rodeada de su luz se perdió en el amor de Dios <sup>5</sup>.

Otra vez la Virgen se le apareció para consolarla y exhortarla a la paciencia, asegurándole que pronto el demonio sería desarmado y no le haría

---

<sup>5</sup> Ott, libro II, cap. 4.

nada. Le ordenó visitar, con el visto bueno de sus Superiores, una de sus imágenes milagrosas, venerada en la iglesia de los franciscanos de Lechfeld. Le dijo: *Allá serás liberada de estas penas.*

Crescencia le pidió permiso a la Superiora Teresa Schmid, pero no se lo permitió. Algunas hermanas intercedieron, pero tampoco lo consiguieron. Todo esto y todo lo que había hecho sufrir la Superiora a Crescencia hicieron que la acusaran de intolerante y maltratos. Intervino el padre provincial y en 1707 se dispuso la deposición de su cargo a la Superiora y la sustituyó la Madre Juana Altweger, excelente religiosa que el padre Ott en su biografía define como muy inteligente, piadosa y espiritual. Estuvo al frente del monasterio 34 años.

La Madre Juana le permitió ir con otra hermana en peregrinación al lugar que le había indicado la Virgen. Al momento de querer viajar, surgió una dificultad, pues era largo el camino de Kaufbeuren a Lechfeld y necesitaban una persona de guía. Dios lo solucionó fácilmente. Una persona desconocida fue a la portería y preguntó si alguna hermana quería ir a Lechfeld, donde él iba. La portera se lo dijo a la Superiora, quien al ver a un joven modesto y aparentemente buen cristiano, aceptó su ofrecimiento.

Mientras caminaban hacia Lechfeld, el joven les hacía rezar el rosario; después les habló de las cosas del cielo y especialmente de las glorias de María con tanta gracia y fervor que el camino se hacía corto. Cuando llegaron a la vista de la iglesia de los franciscanos, de pronto el joven desapareció. La compañera de Crescencia le preguntó: *¿Quién era ese joven?* Crescencia lo sabía, pero no se lo quería decir. Cuando llegaron a la iglesia, se postraron ante la imagen de la Virgen y al día siguiente, después de la comunión, Crescencia fue elevada en éxtasis por más de una hora. La Virgen se le había aparecido resplandeciente de gracia y hermosura y le mantuvo la promesa de liberarla de los asaltos exteriores del demonio, pero que debía soportar otras penas internas. Le dijo: *No temas, hija mía, yo te protegeré.*

Cuando regresaron al convento, la compañera empezó a decir que el joven era más que un hombre, parecía un ser celestial, o un santo o un ángel. La Superiora preguntó a Crescencia: *¿Quisiera saber quién era el que las guió a Lechfeld?* La sierva de Dios no podía mentir y confusa respondió que era su santo patrono san Antonio de Padua <sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Sumario objecciona, p. 17.

## LA EUCARISTÍA

Recomendaba mucho las visitas frecuentes a Jesús en la iglesia y también hacer comuniones espirituales. Y, cuando fue Superiora, inculcó la costumbre de que siempre que pasaran delante de la iglesia, debían saludar a Jesús sacramentado y decir el trisagio Santo, Santo, Santo.

Sor Rafaela recuerda: *Crescencia tenía tanto deseo de comulgar que el retrasar la comunión unos momentos le resultaba insufrible y el hambre de recibir a Jesús era tan fuerte que a veces se desmayaba o debía ser socorrida por dos hermanas para llevarla a comulgar. Una vez que comulgaba, sus fuerzas se recobraban como por encanto y hasta de su persona salía un olor deliciosísimo. Su acción de gracias se prolongaba por horas, estando de rodillas como privada de los sentidos, con el rostro pálido como la cera. Otras veces estaba con el rostro rojo como una rosa, pero siempre con una extraordinaria belleza, de modo que solo mirarla hacía sentir devoción. Y esto lo digo, porque lo he visto personalmente*<sup>7</sup>.

Solía decir que para comulgar una sola vez, de buena gana hubiera querido soportar todas las enfermedades y haber renunciado a todas las alegrías del paraíso, exceptuada la visión y posesión de Dios, antes que perder una sola comunión.

Sor Elena Kurz refiere: *En la fiesta de Navidad de 1742, cuando íbamos a comulgar por orden, Crescencia que era Superiora, solía ir la última, pero ese día llegó como de un vuelo antes de las dos más jóvenes, que éramos sor Rafaela y yo. Debía pasar por delante de nosotras, pero ninguna se dio cuenta de que se acercó así a comulgar. Además no había sitio para pasar y no sabíamos cómo había hecho para comulgar la primera. En el comedor le preguntamos qué había pasado y respondió: “¿He llegado demasiado pronto? No me he dado cuenta. Qué mal, siempre hago desorden, hermanas, si os doy problemas, me perdonáis”. Con estas palabras quería esconder el hecho maravilloso, pero nosotras creímos que había hecho un vuelo extático.*

Otro suceso importante fue la comunión milagrosa que durante dos años recibió por ministerio de los ángeles, cada vez que la comunidad no comulgaba. Hay ejemplos de esto en las vidas de san Buenaventura, santa Clara de Montefalco, de santa Catalina de Siena, de santa María Magdalena de Pazzis y de otros santos, pero en ninguno de otros santos se repitió con tanta frecuencia<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Jeiler, p. 162.

<sup>8</sup> Summarium N° 9.



El 15 de julio de 1721, fiesta de la virgen y mártir santa Crescencia, su patrona, la sierva de Dios, durante la misa, se moría de ganas por comulgar. No era un día de comunión de la comunidad, pero Jesús pensó en ella y al *Domine non sum dignus* (Señor, no soy digno) una procesión de ángeles, visibles a los ojos de Crescencia, partieron del altar y un serafín, llevando la hostia consagrada, se le acercó para darle la comunión según el rito de la Iglesia. Y eso, como hemos dicho, sucedió por dos años enteros hasta el 27 de octubre de 1723.

El padre Lieb dudaba de muchas cosas de Crescencia. Un día le pidió al Señor que por tres días no permitiera a los ángeles llevarle la comunión y al mismo tiempo le prohibía a ella mentalmente comulgar. Al terminar el tercer día, preguntó a Crescencia cómo estaba. Ella le respondió: *Cómo voy a estar. No estoy tranquila. Temo haber cometido algún pecado, ya que hace tres días que no recibo la comunión.*

El buen padre le pidió de nuevo al Señor: *Si la comunión es un regalo de tu liberalidad, dádselo de nuevo a vuestra sierva. Al día siguiente Crescencia todo alegre le dijo que los ángeles habían venido a darle la comunión* <sup>9</sup>.

En una oportunidad Crescencia cayó enferma de tal manera que todos pensaron que iba a morir. El confesor y la Superiora, después de pensar que los remedios del médico no hacían efecto, decidieron que quizás el mejor remedio podía ser la comunión diaria. Ambos estuvieron de acuerdo en esto y se lo dijeron al padre provincial, quien aceptó que hicieran la prueba. Comenzó a comulgar y se consiguió lo que se pretendía: la salud de la sierva de Dios.

En otra oportunidad el padre Lieb le prohibió comulgar para probarla. Ella obedeció humildemente. La mañana en que debía dejar de comulgar, el padre, en el momento de tomar la hostia para comulgar él, con grande estupor no encontró en la patena más que la mitad de la hostia. Para encontrar la otra mitad comenzó a buscar, pero en vano. Terminó la misa y el padre comenzó de nuevo la búsqueda que resultó infructuosa. Todo consternado habló con la Superiora, quien llamó a Crescencia. Ella dijo: *Mi ángel custodio me ha dado a mí la otra mitad de la hostia* <sup>10</sup>.

La Superiora también quiso probarla. Un día de comunión, le mandó que fuera a trabajar a la cocina durante la misa. Ella obedeció. Estaba absorta en Dios, mientras trabajaba, y Jesús le envió por medio de un serafín la comunión en la misma cocina donde estaba por mandato de la Superiora <sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Jeiler, p. 165.

<sup>10</sup> Jeiler, p. 162.

<sup>11</sup> Jeiler, p. 168.

Solía tener éxtasis después de la comunión y a veces curaciones espontáneas. La hostia consagrada era para ella alimento celeste, que le hacía dejar de comer por algunas horas o días. En las últimas seis semanas de vida, la comunión fue su único alimento, al igual que había sucedido en la enfermedad de 1742 durante seis meses, en los cuales, lo poquísimos que comía, no podía ciertamente hacerla vivir <sup>12</sup>.

El padre Pamer declaró que, cuando vivía en su casa, muchas veces llegaba a la iglesia, estando cerradas las puertas, que se abrían solas y, después de entrar, se volvían a cerrar. Ella se retiraba a un lugar reservado hasta la apertura de la iglesia.

En el convento, a las dos de la mañana, con el permiso de la Superiora, y a veces antes, Crescencia se levantaba para orar en la celda o en el coro donde estaba siempre antes de las cuatro, que era la hora de levantarse de la comunidad. Cuando tenía algún momento libre, iba a visitar a Jesús sacramentado. Parecía que su tienda la había levantado delante del Santísimo, y decía: *Señor, qué delicioso es estar en este lugar.*

En una ocasión, a Crescencia se le había contraído el pie de tal manera que le era imposible posarlo en tierra. Llevada del deseo de comulgar, se hizo llevar a la iglesia por sor Felicidad y sor Isabel. Cuando comulgó, el mal desapareció completamente y pudo dejar la iglesia sin dificultad y comenzar de inmediato a trabajar en sus quehaceres. La Madre Juana le preguntó qué había pasado y le respondió: *Jesucristo se me apareció después de la comunión y me tocó el pie con su mano divina y me curó.*

En 1723 le habían concedido comulgar todos los días. Después de comulgar, casi siempre caía en éxtasis que le duraban bastante tiempo hasta que se lo permitía la obediencia. Hacia el fin de su vida no le imponían tiempo fijo y ella aprovechaba para continuar su acción de gracias hasta el mediodía.

---

<sup>12</sup> Sumario adicional, p. 24.

## EL ESPÍRITU SANTO

Crescencia tenía mucha devoción al Espíritu Santo, que se le presentaba a veces bajo la forma de un joven. Así se mostró en la fiesta de Pentecostés, llenándola de sus siete dones.

La Superiora Juana quiso tener un cuadro del Espíritu Santo conforme a la visión de Crescencia y entre 1727 y 1728 mandó a un pintor de Mónaco, de nombre Rufino, hacer un cuadro según las indicaciones recibidas. La sierva de Dios, obligada por la obediencia, manifestó al pintor algunos detalles y en pocos días el cuadro estaba listo con satisfacción de todos. El pintor se maravillaba de la facilidad y perfección de la obra y decía que el Espíritu Santo debía haberlo ayudado para hacer el cuadro.

Algunas creían que era Crescencia quien había inventado, propagado y aprobado esas imágenes del Espíritu Santo bajo la forma de un joven. Incluso se decía que había distribuido rosarios, cruces y objetos de piedad que el pueblo creía que estaban bendecidos por el mismo Jesús. El Papa insistió al obispo que estudiara la cuestión de si se podía representar al Espíritu Santo bajo la forma de un joven y, si tales imágenes, podían ser veneradas. El obispo prohibió esas imágenes el 1 de octubre de 1745 y el Papa aprobó esa decisión. Después de estudiar la cuestión, se llegó a confirmar que Crescencia no había inventado esas representaciones del Espíritu Santo. Existían imágenes semejantes desde tiempo inmemorial en diversas iglesias de Alemania como en las diócesis de Salzburgo, Passau, Constanza, Mónaco, etc. En esta última ciudad de Mónaco de Baviera había en la iglesia de San Pedro un cuadro en el altar mayor y en la capilla de las carmelitas. También en el monasterio de Kaufbeuren las religiosas tenían estampas de una época anterior a Crescencia y que tenían escrito: Bajo esta figura el Espíritu Santo se reveló a la virgen Teresa <sup>13</sup>.

Aparte de esto hay que considerar que cuando Crescencia fue hecha Superiora, prohibió distribuir esas imágenes y, para quitar ocasión de desobediencia, recogió todas las estampas que había en el convento del Espíritu Santo bajo forma de un joven.

---

<sup>13</sup> Es digno de anotarse que en las catacumbas se Roma había representaciones del Espíritu Santo en forma de hombre en los primeros siglos del cristianismo.

## SU ÁNGEL

Con su ángel custodio estaba en continua comunicación. Lo veía siempre a su lado. Cuando era pequeña, aprendió de su ángel custodio el arte de adorar a Dios en medio de las ocupaciones de cada día. Su vista desde niña le producía un vivo sentimiento de respeto que le impedía en su presencia tener algún mal pensamiento o acción. Él le aconsejaba y ella seguía cuidadosamente sus inspiraciones. En la iglesia pedía a su ángel y a otros espíritus celestes que la rodearan y la ayudaran a adorar a Jesús. Cuando dejaba la iglesia o tomaba descanso, les daba el encargo de alabar y bendecir a Dios en su nombre.

A veces los ángeles se le aparecían en forma sensible y le aconsejaban sobre las verdades de la fe. Una vez, siendo pequeña, recibió de su madre un pedazo de pan y su ángel la animó a dárselo a los pobres. Le decía: *Niña mía, por amor a tu prometido Jesús, dáselo al pobre que ahora encontrarás*. Y ella se privaba del pan para dárselo a los pobres <sup>14</sup>.

Bastaba que invocase a su ángel y él venía a ayudarle e incluso le recordaba lo que tenía hacer. Muchísimas cosas podríamos citar para demostrar que el ángel cumplía fielmente su oficio. Y ella animaba a otras personas a recurrir a su ángel custodio en sus necesidades.

Los mismos ángeles que por dos años le llevaron la comunión, se daban prisa en ayudarle para hacer los trabajos encomendados. En la cocina a veces no se sentía con fuerza para levantar alguna cosa pesada y con una mirada a su ángel, éste se la llevaba. Esta ayuda del ángel fue visible también cuando el demonio la atacaba, ya que cuando el diablo apagaba el fuego de la cocina, al momento se reavivaba; si una vasija se rompía, la encontraba de nuevo entera.

A las novicias les contaba que un día pidió a su ángel cuidar el fuego de la cocina, mientras ella estaba rezando en el coro. Al regresar, encontró al ángel ocupado en el fogón, tratando de cocer los guisantes y, al ver esto, se volvió de nuevo a rezar al coro. El ángel hacía de cocinero <sup>15</sup>.

Una vez, en la fiesta de los ángeles custodios, al comenzar el rezo de la Hora Prima vio al ángel de cada religiosa, de pie delante del lugar de cada una, pero había un lugar vacío y el ángel que allí estaba parecía descontento, porque la religiosa que debía ocupar ese lugar se había quedado en cama por pereza.

---

<sup>14</sup> Ott, libro III, cap. 4.

<sup>15</sup> Sumario objecciona, p. 20.

Un día estaba sola en la celda. Se sentía abandonada y vio venir a su ángel que la invitaba a mirar por la ventana. Ella obedeció y sobre las ramas de un peral vio a Jesús, inmóvil y tranquilo, aunque las ramas estaban agitadas por el viento. En ese momento, olvidándose de los trabajos pasados, ella gritó: *Señor mío, ¿que hacéis allá? Venid a mi corazón a descansar.* El Señor respondió: *Hija, como yo descanso tranquilamente en este árbol tan agitado así descanso en tu corazón. Tú crees que reina la tempestad, pero yo estoy en media de ella* <sup>16</sup>.

Crescencia estuvo un tiempo tan enferma que tenía paralizadas las manos y los pies y sufría mucho en el vientre y en la espalda. Sin embargo, agradecía a Dios cada día, porque sus dolores le recordaban los padecimientos de Jesús en la cruz. Este recuerdo le daba nuevas fuerzas. Esto le duró bastante tiempo hasta que un día su ángel custodio le dijo que al día siguiente terminarían sus dolores, como así sucedió después de la comunión, pues quedó totalmente curada <sup>17</sup>.

En una ocasión dijo: *Si al mismo tiempo recibiera un mandato de mi Superiora y otro de un ángel, primero obedecería a mi Superiora porque así no temería ninguna ilusión.*

Cuando tenía 14 años, cuenta el padre Ott, se le apareció su ángel custodio, llevando en la mano una cruz roja y en la otra el hábito de San Francisco y le dijo: *Mira, hija mía, este hábito es preparado para ti.* Así le anunciaba su porvenir, una vida de dolores, llevando el hábito franciscano <sup>18</sup>.

En otra ocasión, Crescencia, guiada por su ángel, fue a visitar el infierno, el purgatorio y el cielo. Delante de los resplandores del cielo, el ángel le dijo: *Hija mía, he aquí el lugar donde Dios es adorado y aquí están los elegidos. Aquí encontrarás tu morada eterna.* Dijo que en el cielo los santos están nadando en un océano de felicidad inenarrable.

Como era normal, Crescencia tenía una devoción especial a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, los cuales la colmaban de favores. San Miguel le infundía fuerza y coraje y la protegía en los asaltos del demonio. San Gabriel era su intermediario junto a la Virgen. Lo enviaba a María, cuando quería la conversión de grandes pecadores. Un día, rezando el Angelus, pedía al Señor que hiciera resonar el sonido de la campana en los oídos de todos los hombres para que todos, unidos a los ángeles y santos, sobre todo al arcángel san Gabriel, mandasen un saludo especial a María en nombre de la Santísima Trinidad. Un día desde lo alto de los cielos vino san Gabriel y entonó junto a Crescencia con

---

<sup>16</sup> Jeiler, pp. 209-210.

<sup>17</sup> Ott, libro II, cap. 13.

<sup>18</sup> Ott, libro III, cap. 4.

inenarrable dulzura el avemaría. Crescencia cayó en éxtasis y vio la corte celestial y oyó una sinfonía incomparable en la cual todas las voces se confundían con el canto de Gabriel.

En san Rafael tenía el guía para sus cortos viajes. Él le había prometido acompañarla en los últimos momentos de su vida y mantuvo su palabra <sup>19</sup>.

## LOS SANTOS

En cuanto a los santos, tenía mucha devoción a san José y había puesto en él una confianza ilimitada, pues le había obtenido muchas gracias. A san Joaquín y a santa Ana, su patrona, les pedía desde joven un amor grande por Jesús y María. Otros santos de su devoción fueron san Juan Bautista, los apóstoles, los familiares de Jesús, especialmente Judas Tadeo. También a santa María Magdalena, san Dimas, santa Crescencia, santa Bárbara, san Juan Nepomuceno, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka, santa Teresa y todos los mártires y santos franciscanos, empezando por san Francisco y san Antonio de Padua.

Con san Francisco conversaba en oración como una hija con su padre. El día de su fiesta, 4 de octubre, se preparaba con una novena. Lo veía frecuentemente. Un día de su fiesta, después de la comunión, se le presentó. El santo le prometió su protección y la recibió de nuevo como su hija.

También amaba mucho a san Antonio de Padua y le recordaba que toda la cristiandad lo invocaba para encontrar las cosas perdidas; y como el que pierde la gracia de Dios ha perdido todo, le encomendaba a los pecadores. San Bernardino de Siena era uno de sus santos predilectos y se le apareció una vez, para consolarla. Al verlo, Crescencia exclamó: *Finalmente te haces vivo. ¿Dónde has estado durante tanto tiempo que no te he visto?* El santo la curó de sus males corporales y llenó su alma de mucha alegría <sup>20</sup>.

Varias veces se le apareció san Ignacio de Loyola y en cada visita la dejaba tranquila y en paz. En san Francisco Javier tenía un amigo para la conversión de los paganos y herejes. En algunas ocasiones en que estaba muy alegre, decía: *Estoy alegre porque ha venido san Francisco Javier a visitarme y me ha dicho que muchos paganos se convierten a la fe católica.*

---

<sup>19</sup> Jeiler, pp. 197-200.

<sup>20</sup> Jeiler, p. 202.

Se cuenta que san Luis Gonzaga hacía a Crescencia muchos de los favores que el mismo ángel custodio le solía hacer. Una vez debía llevar un trozo grande de leña y le dijo a este santo: *Oh, Luis Gonzaga, ayúdame*. Y el amable santo tomó la leña y la llevó y preparó la estufa <sup>21</sup>. También veneraba mucho las imágenes y objetos benditos y reliquias.

En el primer año de ser Superiora, Crescencia estuvo tres meses padeciendo hidropesía de tal modo que todos temían su muerte. No podía estar en cama y la inflamación crecía de día en día. De pronto hubo un gran cambio y quedó curada. ¿Qué había sucedido? San Antonio, como ella misma dijo a las hermanas, la había visitado para anunciarle que no moriría de esa enfermedad y que el mal desaparecería después de su visita, como así fue <sup>22</sup>.

## ALMAS DEL PURGATORIO

Con el permiso de Dios, muchas de estas almas iban a visitar a Crescencia para manifestarle sus penas y pedirle ayuda. Estas visitas le privaban a veces del sueño con sus llantos y suspiros apenas cerraba los ojos, pero ella hacía sacrificios y oraciones en su favor e incluso se daba disciplinas.

Durante una enfermedad en 1718, la Madre Juana Altweger preguntó a Crescencia cómo pasaba la noche. Ella se limitó a decir que la pasaba sin dormir y, obligada por la obediencia, tuvo que reconocer las visitas de las almas purgantes. La Superiora le dijo un día: *Cuando vengan esta noche esas almas, díles que vengan a verme a mí*. Crescencia obedeció y en la noche la Superiora vio poblarse su celda con fantasmas que le pedían ayuda; y fue tanto su miedo y terror que, para librarse de ellas, las mandó que fueran Crescencia <sup>23</sup>.

El padre Ott refiere que el padre Ignacio Wagener, hombre sabio y piadoso, desde octubre de 1713 al otoño de 1715 había intentado examinar el espíritu de Crescencia según el deseo expreso del provincial franciscano. A medida que avanzaba en su examen, quedaba más lleno de admiración por la sierva de Dios. Al poco tiempo, el 19 de octubre de 1716 murió. Ese mismo día Crescencia, al ir al coro, al sonido del Angelus, vio andar delante de sí un fantasma blanco. Acostumbrada a las visitas de las almas del purgatorio solo hizo rezar por esa alma. El día 21 se repitió la misma aparición, pero esta vez ella lo reconoció y él le dijo que necesitaba sus oraciones para ir pronto al cielo.

---

<sup>21</sup> Jeiler, pp. 202-203; Sumario objecciona, p. 17.

<sup>22</sup> Jeiler, p. 315; Sumario objecciona, p. 18.

<sup>23</sup> Sumario objecciona, p. 18.

Crescencia oró con intensidad por él y el 23 de octubre después de oír la misa por él, vio su alma llena de gloria darle las gracias y que iba al cielo.

Un día estaba ella en el noviciado, cuando al tiempo de la cena se abrió la puerta del comedor y se cerró con fuerza. Las novicias tuvieron miedo y Crescencia se ofrecía a salir a ver qué pasaba. Encontró detrás de la puerta una religiosa que, lamentándose, le dijo: *He vivido en este monasterio y ahora, desde hace nueve años, me encuentro en el purgatorio. Ten piedad de mí.* Después indicó los sufragios que necesitaba y, cuando los cumplió la sierva de Dios, regresó para agradecerle.

Otros muchos difuntos que ella no conocía venían a pedirle ayuda. Una vez, durante tres días seguidos, oyó suspiros y lamentos en su celda sin que le hablaran. Ella preguntó: *¿Quién sois?* Era el alma de un joven soldado, muerto en Múnich de Baviera no hacía mucho tiempo. Había asistido a la profesión de su hermana sor María Isabel. Por sus excesos en la bebida, se le había abreviado la vida. Si no recibía ayuda, debía estar en el purgatorio tantos años cuantos se había quitado de vida por sus excesos. Crescencia oró mucho por él y después de un tiempo supo que ya había salido del purgatorio.

El 21 de noviembre de 1718 murió Francisco José, consejero de la Corte y administrador de ciertas posesiones de los príncipes de Kemnat. Esa misma tarde Crescencia oyó un rumor que se repitió la mañana siguiente. Preguntó quién era y le respondió: *Soy el alma de Scholl, reza por mí a vuestro celeste esposo.* Crescencia preguntó el porqué de aquel rumor y le respondió que con el permiso de Dios se lo diría más tarde. El rumor se repetía cada día y el 7 de diciembre le hizo saber que en su última enfermedad quería ajustar las cuentas y trató ásperamente a uno que se lamentaba de haber sido dañado en sus intereses por él. Con papeles en la mano quiso asegurarle que no le había hecho ningún daño, pero había hecho un fraude de cuatro florines. Le rogaba a Crescencia que fuera a informarse al párroco de Kemnat para que su viuda reparase el daño ocasionado. La injusticia fue reparada, pero no cesaban los rumores y lamentos. En la noche de Navidad fueron más fuertes. Crescencia redoblaba sus oraciones. Su ángel le dijo a ella que sería liberado en los primeros días del nuevo año. Finalmente, el 6 de enero de 1719 ella hizo celebrar cuatro misas por esa alma y, entre las diez y las once. Al terminar la última misa, el difunto se le apareció radiante de alegría y ella lo vio ser transportado por los ángeles al trono de Dios. El padre Ott añade, al relatar este suceso: *Todo esto lo escribió el párroco de Kemnat y confesor extraordinario del monasterio de Kaufbeuren, a quien se lo comunicó Crescencia* <sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Jeiler, pp. 237-239.



Otro personaje llevaba también una mala vida. Ni las oraciones ni las insistencias de su virtuosa esposa valían para hacerle cambiar. Visitó un día la ciudad y el monasterio de Kaufbeuren. Crescencia habló con él largo tiempo y tuvo la satisfacción de verle cambiar de actitud, pues se fue a confesar y reparó los escándalos que había cometido. Cuando murió, su alma fue a visitar a Crescencia para pedirle ayuda y ella rezó de modo que en poco tiempo pudo salir del purgatorio

Un joven de Ausburgo, hermano de la hermana Antonia Duboin, no quería saber nada de religión y se daba a los vicios, especialmente a la borrachera. Su hermana se lo encomendó a Crescencia. Al poco tiempo el joven cayó enfermo y Dios le tocó el corazón de tal manera que se confesó, comulgó y recibió la unción de los enfermos. Murió arrepentido y, según afirma el padre Ott, se apareció a la sierva de Dios para que lo ayudara y después vino a agradecerle sus oraciones por haberlo liberado de las penas del purgatorio <sup>25</sup>.

## **DONES SOBRENATURALES**

### **a) PROFECÍA**

Un día el provincial recomendó a una jovencita de noble linaje para entrar en el convento con tanta insistencia que todas estuvieron de acuerdo. Crescencia por su parte dijo triste: *Ella no permanecerá entre nosotras*. Y de hecho, después de unos días, regresó a su casa.

El 23 de febrero de 1731, Crescencia avisa a sor Coleta Gröbl, mientras subía las escaleras, que se preparase para morir. Ella se sentía bien y no quiso darle importancia a sus palabras, pero a la hora de la comida del mediodía comenzó a sentirse mal y, apenas salió del comedor, tuvo un golpe de apoplejía y perdió la conciencia. Felizmente antes de morir, le volvió la conciencia y recibió la absolución general y la unción de los enfermos.

En 1729 Crescencia visitó una casa de religiosas en la que tuvo una buena acogida por la portera, una joven de buena salud. Nuestra santa le recomendó prepararse para la muerte. Ella se creía joven y robusta, pero después de unas semanas estaba ya en el sepulcro.

El padre jesuita Fernando Troper se sentía ligeramente indispuerto. Crescencia le hablo a otro jesuita, el padre Binner, y le pidió que al llegar a su casa, lo antes posible le administrase los santos sacramentos al padre Fernando,

---

<sup>25</sup> Summarium N° 10.

pues estaba para morir. Sabiendo que solo tenía una ligera indisposición, no quería creer a Crescencia, pero cediendo a sus insistencias le habló a su compañero y el padre Fernando se preparó para la muerte, que le vino el 13 de marzo de 1735.

Otro sacerdote decía tonterías y había extendido la noticia de que pronto llegaría el arzobispo de Colonia. Uno de los días se presentó acompañado de un grupo de personas y se hizo pasar por el esperado arzobispo. Como Crescencia era la Superiora, fue a recibirlo con las hermanas, pero mantuvo una actitud glacial y sin hablar. La dejaron sola con él y le dijo tales cosas que el sacerdote se guardó bien de aclarar lo que le había comunicado. Y además le exhortó a prepararse para la muerte, porque después de tres meses andaría a la eternidad. Felizmente no fue sordo a sus consejos y en el tiempo indicado pasó a la otra vida con verdadero arrepentimiento.

Un día la visitó Clemente Augusto, hermano del emperador Carlos VII, y le pidió que le dijera qué sería de su futuro. Ella al principio no quiso atenderlo, pero después de tanta insistencia le dijo: *Usted ha fabricado muchos palacios, pero no morirá en ninguno de ellos.* Y así fue, ya que, regresando de Mónaco de Baviera, cayó enfermo en Ehrenbreitstein, donde murió al día siguiente de su llegada, el 6 de febrero de 1761.

A un ciudadano de Kaufbeuren sin muchos estudios, Crescencia le profetizó un brillante porvenir que nadie podía imaginar. Llegó a ser intendente de una familia noble y después senador y consejero de la ciudad. También llegó a ser gobernador general de los señores Imhoff y murió en 1762, dejando tristes a todos los que lo conocieron.

## **b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL**

En el colegio de Mindelheim había un famoso misionero jesuita, el padre Flotto. Este sacerdote recibió en confesión a una persona que le consultó sobre un asunto muy serio e importante. El misionero rezó y buscó la solución en libros, pero no se aclaraba. En ese tiempo la Madre Juana y sor Crescencia llegaron a la ciudad a ver al padre Flotto. La sierva de Dios se dirigió al padre Flotto, diciéndole que, sobre el caso que estaba estudiando, la respuesta era afirmativa, porque esa era la voluntad de Dios. El religioso quedó admirado, porque nadie en el mundo podía saber de qué estaba preocupado y cómo solucionar el asunto <sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Summarium N° 21.

Un sacerdote ofreció dos misas según la intención de Crescencia. Le escribió una carta diciéndole que había celebrado una misa y Crescencia le contestó dándole gracias por esa misa y por la otra que había celebrado sin nombrársela. Otra sorpresa le tocó al padre Beda, abad del monasterio de Zwiefalten. Había oído hablar de las maravillas de la sierva de Dios y ofreció una misa, pensando que podía ser una ilusa, para que Dios la humillara y la pusiera en el camino recto y que, si era cosa de Dios, le conservase sus carismas. Crescencia, después de haber asistido en espíritu a esta misa, fue a la Superiora a revelar los pensamientos del padre benedictino y pedirle que le diera permiso para escribirle una carta de agradecimiento. Así lo hizo y el abad pudo ver claramente la mano de Dios en su sierva.

Sor Josefa refiere: *Supé por experiencia propia que Crescencia conocía el fondo del mi alma, porque alguna vez me hablaba de cosas que nadie en el mundo podía saber. Mis hermanas decían haber comprobado lo mismo.* Estando Josefa en unos Ejercicios espirituales tenía algunas dudas y Crescencia fue a visitarla y entró en el tema de las dudas y le dijo palabras tan claras que las dudas se disiparon como en un relámpago. Incluso hubo veces en que Crescencia revelaba a alguno los pecados secretos, insistiéndole en confesarse de inmediato<sup>27</sup>.

Cuando estaba en éxtasis había ocasiones en que se acercaba al oído de una o de otra y le decía algo que nadie sabía o decía a todas conocer las conciencias turbadas, porque veía sus tentaciones y sus culpas<sup>28</sup>.

Un sacerdote la visitó y le hizo una tras otra una serie de preguntas. Crescencia se limitó a decirle pocas y dulces palabras con mucha modestia. Entonces el sacerdote, despechado, se levantó bruscamente para irse. Crescencia lo detuvo y le dijo: *En vez de perder vuestro tiempo tan precioso en cosas inútiles, haría mucho mejor usándolo para hacer penitencia por tal y tal pecado.* Asombrado por estas palabras, que le cayeron como un rayo, el sacerdote recapacitó y se convirtió de verdad, diciendo a todos que le había reprendido por pecados que solo él y Dios sabían.

Otro sacerdote la visitó y tenía en su bolsillo un juego de cartas. Ella lo reprendió con estas palabras: *¿No sería mejor que vuestra reverencia en vez de cartas llevase encima el breviario?*

Juan Bautista de Benedicto, después de terminar sus estudios, fue a hacer una visita a Crescencia. Había pensado dedicarse a la vida militar y así le explicó

---

<sup>27</sup> Jeiler, p. 302.

<sup>28</sup> Ib. 302-303.

a la sierva de Dios. Ella le dijo con seguridad: *Tú serás soldado, pero de la Iglesia, no del Estado*. Después de un tiempo, Juan Bautista estaba ya en el noviciado de los jesuitas y, ordenado sacerdote, hablaba del conocimiento de los espíritus de la sierva de Dios <sup>29</sup>.

Un día un oficial de la Corte, que llevaba una vida licenciosa, encontró sobre su mesa de trabajo una carta sellada. La abrió y con la firma de Crescencia venían escritos todos sus pecados uno por uno. Se quedó llorando y corrió a confesarse. Después le escribió a Crescencia que se había convertido y llevaba una vida cristiana.

Recuerda el padre Ott: *Un día la sierva de Dios se dirigió a las hermanas y les dijo que encomendaran a un alma agonizante y les dijo el nombre. La persona encomendada murió en ese momento, cosa que no podía saber naturalmente* <sup>30</sup>.

Una cosa digna de mención es que Crescencia conocía bien los detalles históricos y geográficos de la vida y de los sufrimientos de Jesús hasta el punto de hacer una descripción minuciosa de todo esto a un franciscano que había estado en Palestina y Judea. La humilde hija de un tejedor conocía esos lugares por un don sobrenatural. Habría estado en bilocación.

Un campesino, llamado Andrés, y su esposa Inés tenían un hijo de cinco años y otra hija de seis semanas. El 28 de octubre de 1742 fueron a misa y dejaron en casa a sus dos hijos. Una mala mujer, de nombre Ana Körpf, aprovechó el momento para llevarse a la niña lactante y, ayudada por una cómplice, fue a venderla a gran precio a un judío de Ausburgo. Antes de llevarse a la niña, para evitar testigos, mató al niño de 5 años y ocultó su cadáver debajo de un montón de paja, quemó la casa y huyó con la niña.

Cuando sus padres regresaron, encontraron la casa en llamas. Extinguieron el incendio con ayuda de los vecinos, pero ¿dónde estaban los niños? Fueron llevados a los tribunales y no podían justificarse. Acudieron a san Antonio de Padua para encontrar a sus hijos. Y la madre creyó ver ante ella a una religiosa. Pensó que sería la buena de Crescencia, de todos conocida. Pensó en ir a Kaufbeuren. Una buena anciana, llamada Bárbara Huber, la acompañó. Llegados al monasterio, les dijeron que Crescencia estaba enferma y no podía verla ni hablarle. La portera le contó a Crescencia la historia y dijo: *Sí, sé todo. Dile solo a la pobre madre que lleve con paciencia su cruz, que rece y espere, porque Dios*

---

<sup>29</sup> Summarium N° 21.

<sup>30</sup> Jeiler, p. 224.

*llevará todo a buen fin. No acuse a nadie y perdone de todo corazón a sus enemigos.*

Al regresar a su casa la pobre madre fue arrestada, porque pensaron que los mismos padres habían matado a sus hijos. Mandó de nuevo un aviso a Crescencia, que le respondió que, al regresar la enviada a su casa, sabría dónde estaba su hijo. En cuanto a la niña, podía estar segura de que vivía, pero se encontraba en un estado de extrema debilidad. Liberaron a la madre de los tribunales y, cuando llegó a su casa, le dijeron que habían descubierto el cadáver de su hijo bajo la paja. Hicieron nuevas investigaciones y los papás fueron a ver a Crescencia a su convento, quien les dijo que, apenas entraran en su ciudad, les dirían el lugar donde estaba su hija. Y así sucedió.

La raptora había dejado a la niña en un canasto por temor a ser descubierta y una señora protestante la había encontrado medio muerta de frío y la llevó al hospicio. La madre, ante unas 30 cunas, guiada por una mano invisible, corrió hacia su hija, estrechándola en su corazón y gritando: *Ana, Ana, amor mío*. La madre cayó desvanecida por la emoción. Al poco tiempo se descubrió a la raptora y fue condenada junto con su cómplice. Los papás, contentos, quisieron agradecer a Crescencia y fueron al convento. Ella avisó a la portera: *Pronto, pronto abre la puerta que vienen los esposos de Thalhafen con la niña*<sup>31</sup>.

### c) ÉXTASIS

Cuando estaba en éxtasis tenía un aspecto edificante. Su rostro parecía celestial. Estaba de rodillas con los ojos fijos, semiabiertos, con las manos bajo el escapulario, inmóvil y difundía una fragancia suavísima<sup>32</sup>.

María Josefa Anger declaró en el Proceso: *Un día la Madre Juana me mandó ir al coro a llamar a Crescencia. Me acerqué a ella y la encontré arrodillada e inmóvil y tuve miedo. Le dije: “Crescencia, venid que te buscan”. No tuve ninguna respuesta, ninguna señal de vida. Corrí a la Madre para decirle que Crescencia estaba muerta. La Madre me ordenó regresar y decirle que la Superiora le mandaba venir. Así lo hice y Crescencia, apenas pronuncié el nombre de la Superiora, volvió en sí y se levantó. Durante todo el tiempo que la conocí, solía estar así, en éxtasis, después de la comunión*<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Jeiler, pp. 335-338.

<sup>32</sup> Summarium N° 19.

<sup>33</sup> Jeiler, p. 207.

Un día se prolongó más de lo ordinario su éxtasis después de la comunión y la Madre Juana le preguntó el porqué. Ella le respondió que se le había aparecido Jesús y le había dicho: *Yo soy el buen pastor y doy la vida por mis ovejas. Yo respondí: Si, mi querido esposo, eres el buen pastor y el Cordero de Dios, a quien he recibido bajo la apariencia de pan. Jesús me dijo: Tú eres mi querida corderita y así serás por toda la eternidad*<sup>34</sup>.

#### **d) CIENCIA INFUSA**

El padre Pamer declaró que una vez se quedó atónito, cuando Crescencia comentó el Magnificat, pues exponía recónditos misterios con tanta gracia y unción que él confeso que nunca había oído cosas semejantes<sup>35</sup>. Jesús le había dado un conocimiento sobrenatural para entender los misterios de Dios.

#### **e) EL CORAZÓN DE JESÚS**

Un día Jesús se le presentó con el Corazón abierto y le dijo: *Mira mi Corazón abrasado de amor. Te lo doy como tu morada y como lugar de refugio, donde estarás al cubierto de tus enemigos*<sup>36</sup>.

Otro día, arrodillada ante el Santísimo Sacramento según costumbre, estaba en oración, cuando de pronto le pareció ver salir del sagrario un gran número de rayos que iban hacia ella y oía susurrar estas palabras: *He aquí el símbolo de mi amor y el modo con el que quiero inflamar tu corazón y unirlo a mí. Ella le pidió que le diera su propio Corazón para amarlo dignamente. Tal gracia singular le fue concedida más tarde de modo misterioso.*

En una fiesta del Sagrado Corazón se le apareció el Señor y le entregó su propio Corazón, no como lo hace en la comunión, sino por su unión especial y mística, tanto que este divino tesoro llegó a ser propiedad de Crescencia, obtenido por una verdadera donación. Ella por su parte le dejó a Jesús su propio corazón.

---

<sup>34</sup> Jeiler, p. 212.

<sup>35</sup> Ott, libro II, cap. 5.

<sup>36</sup> Jeiler, p. 214.

## **f) PERFUME SOBRENATURAL**

En 1744 en su última enfermedad, Crescencia estaba ya cadavérica y muy débil, debía exhalar un mal olor por todos sus males y, sin embargo, exhalaba una fragancia exquisita sin haber allí ninguna esencia olorosa.

Los efluvios olorosos duraron muchos meses, incluso en los objetos de la beata como libros, disciplinas, rosarios u otras cosas que distribuyeron las hermanas. En tres lugares se sentían especialmente los olores agradables: en el sepulcro, en la celda de la Superiora donde murió, y en la celda que había habitado durante muchos años como simple hermana.

Algunos de los instrumentos que usaba la sierva de Dios para hacer penitencia, los encontraron después de su muerte; y 30 años después de su fallecimiento todavía emanaban un olor suave y agradable como atestiguan muchos testigos que lo comprobaron <sup>37</sup>.

El padre Ott declaró que en 1770 visitó el monasterio y en la celda de Crescencia sintió por dos o tres minutos la agradable fragancia. Igualmente en 1774 respiró de nuevo este celestial perfume.

## **g) MULTIPLICACIONES SOBRENATURALES**

La Superiora decía: *Nadie mejor que yo recuerda la extrema miseria en que encontré a la comunidad cuando fui nombrada Superiora, ya que en la caja encontré solo medio florín. Si no hubiese sido por Crescencia, nos encontraríamos en las mismas condiciones.* En verdad, cuando había deudas que pagar, siempre la providencia divina se hacía presente de modo milagroso por personas a veces lejanas o desconocidas. En ocasiones había granizo o inundaciones en los campos vecinos, pero en el huerto y en los campos del monasterio no pasaba nada.

Después de larga experiencia, se convencieron las hermanas que en manos de Crescencia la harina, la mantequilla, el pan y otras cosas duraban más de lo que podía ser humanamente posible. A veces parecía que los alimentos no iban a alcanzar para todos los pobres que se acercaban a recibir comida, pero Crescencia hacía oración y la limosna se multiplicaba entre sus manos. El padre Ott refiere: *Un viernes había en la puerta una gran cantidad de pobres venidos de la ciudad y de otros lugares vecinos para ver a su querida Madre Crescencia. Ella vio que había poco para darles y se puso a orar. Comenzó a distribuirles y,*

---

<sup>37</sup> Summarium N° 17.

*no solo cada uno recibió su parte de pan, sino que con maravilla de todos sobró una considerable cantidad.*

Un año la fiesta de la Porciúncula (2 de agosto) caía en viernes. Era costumbre darles alimento a todos los forasteros que iban al monasterio. La Superiora estaba afligida, porque no había pescado y pidió a Crescencia ayuda. Ella sonrió y le dijo: *Tenga confianza, Madre, en el cielo saben que hoy es fiesta y san Pedro, según su costumbre, pescará gran cantidad de peces.* A la hora del reparto se encontró en la puerta una canasta grande con muchos peces sin saber quién los había enviado.

Otra vez la ecónoma sor Joaquina, se lamentaba también de no tener pescado. Crescencia le dijo: *Hermana, te preocupas mucho por las cosas temporales. Ruega a Dios y espera y tendremos peces en abundancia.* Y así sucedió

En otra ocasión faltaba vino para la misa. Las hermanas se lo dijeron a Crescencia, que entonces era la Superiora, y les dijo: *Tened fe y volved a la bodega.* Las hermanas fueron a ver. Metieron el rosario de Crescencia en la cuba y de pronto salió vino claro y abundante, que duró tres semanas hasta que llegó el barril encargado. Estas cosas se sucedían con frecuencia.

El monasterio tenía una vez una deuda que pagar por 200 florines y Crescencia encontró en la caja esa cantidad sin que nadie del monasterio hubiera podido dejarla. Una condesa de Viena había enviado a Crescencia una imagen de cera del Niño Jesús. Crescencia le tenía mucha devoción y quiso poner esta imagen en la capilla. Para hacerlo quiso vestir la imagen con tela preciosa, pero faltaba el dinero para comprarla. Teniendo el permiso de la Superiora, estaba segura de que el Niño Jesús pagaría su propio vestido. Así que compró el vestido y, mientras las hermanas estaban en el comedor admirando el rico vestido del Niño Jesús, se encontró una suma correspondiente exactamente al precio de la tela. A una voz todas dijeron: *Jesús mismo ha mandado el dinero.*

#### **h) SANACIONES**

Durante su vida Dios hizo muchas maravillas de sanación de enfermos por medio de Crescencia. Veamos algunos ejemplos.

Francisco José Krautmann de Kaufbeuren, hijo único de madre viuda, tenía fiebre muy alta y estaba al fin de la vida. La madre acudió a Crescencia y, en el mismo momento que ella comenzó a rezar, el enfermo se sintió renacer a la vida y quedó curado.



En Stetten había una niña de cinco años, hija del maestro de escuela, que desde el nacimiento tenía las manos y pies paralizados y toda su persona deformada. Los médicos no podían hacer nada. La madre pidió a Crescencia que rezase y la sierva de Dios le envió aceite bendito, con la promesa de que rezaría por la niña. Al cabo de tres días, la niña curó como si nunca hubiera estado paralizada.

La señora Ana Antonia de Pappus tenía un cáncer al pecho. Todos los remedios eran en vano. No pudiendo soportar el dolor, la señora en 1733 fue a ver a Crescencia y por su consejo usó el aceite bendito que le dio la misma sierva de Dios y así quedó totalmente curada <sup>38</sup>.

El padre Ott refiere la curación de José Filser en 1739, que causó mucho revuelo, porque muchos médicos, después de tres meses de consultas y curas, lo dieron por imposible. Pero el enfermo recibió de Crescencia algunos objetos benditos y con ellos se curó en un momento.

El padre Glëich, franciscano, tenía un pie malo que le impedía caminar. Ella lo exhortó a rezar a la Virgen y con su oración consiguió la curación <sup>39</sup>.

*Muchos se encomendaban a sus oraciones y Dios concedía muchas gracias por su intercesión. Yo mismo he sido espectador o favorecido, aunque indigno de algunas gracias. Atestiguo que lo sé por experiencia y lo declaro por mi honor de sacerdote el 15 de septiembre de 1136. (Bartolomé Binner, jesuita, confesor del monasterio de Mayerhoff).*

## **i) MILAGROS**

En Kaufbeuren se incendió una cervecería de tal manera que se temía que las llamas destruyeran toda la ciudad, especialmente el barrio donde estaba la cervecería. Recurrieron a Crescencia, que rezó por este incidente, y las llamas se apagaron por sí mismas. Católicos y protestantes vieron en esto la mano de Dios.

A ella le gustaba regalar objetos de piedad como cruces, rosarios y medallas; a los enfermos les daba aceite bendito. Por medio de estos objetos, Dios en su misericordia hizo muchos prodigios.

---

<sup>38</sup> Summarium N° 22.

<sup>39</sup> Summarium N° 12.

Un día ella le regaló al abad de Plankstetten Mauro Xavier una rama de un peral. Él se la dio al hortelano, pero este le dijo que era inútil plantarla, porque estaba ya seca. El abad le insistió en plantarla. Lo hizo y llegó a ser un buen árbol que dio sabrosos frutos. El padre Erardo Richbel, que cuenta este hecho, conoció al hortelano y comió de los frutos de ese árbol milagroso <sup>40</sup>.

Otra vez se debía poner una imagen pesada sobre el altar mayor. Varias hermanas probaron de alzarla, pero era en vano. Llegó Crescencia y, apenas tocó la imagen, esta misma por sí sola se levantó en el aire y se colocó en su lugar a la vista de todas, que quedaron estupefactas.

Otro día había una imagen de la Virgen que había caído al fuego y se había vuelto negra. Crescencia la tomó entre sus manos, sopló sobre ella, pasó un trapo blanco y la imagen tomó su primitiva blancura y belleza. Desde entonces fue objeto de una veneración especial de las hermanas y, cuando Crescencia rezaba ante ella, algunas hermanas dijeron que vieron a la Virgen derramar lágrimas <sup>41</sup>.

## **SALVACIÓN DE KAUFBEUREN**

La ciudad de Kaufbeuren escapó de la destrucción hacia el fin de la segunda guerra mundial gracias a la invocación de la beata Crescencia. Actualmente entre la población existe el firme reconocimiento a la beata Crescencia por haberla salvado del ataque aéreo del 12 de abril de 1945, a pesar de tener la ciudad una base aérea y edificios industriales.

El señor Jorge Kopp, director de del puesto de análisis de vuelo de la base aérea de Kaufbeuren (según declaración del 3 de marzo de 1967), al igual que Irmgard Schuessler, asistente del lugar sobre informaciones aéreas (según su declaración del 11 de marzo de 1967), hablan de las bombas lanzadas sobre la ciudad el 12 de abril de 1945.

El productor cinematográfico Eberhard Thiem, después de importantes averiguaciones en los archivos alemanes, ingleses y americanos, realizó un film transmitido varias veces en la televisión de Baviera, titulado *Crescencia von Kaufbeuren*, que concluye con los hechos del ataque aéreo del 12 de abril de 1945.

El arzobispo de Múnaco de Frisinga, el cardenal Miguel von Faulhaber, habló también del enigma de Kaufbeuren, que le contó un alto oficial de la

---

<sup>40</sup> Jeiler, p. 323.

<sup>41</sup> Documento de la Superiora Joaquina del 4 de septiembre de 1753. Está en el archivo del convento.

aviación americana, diciéndole: *¿Qué ha pasado con Kaufbeuren después de la ocupación oficial americana? Nosotros no conseguimos encontrar Kaufbeuren a pesar de saber que allí había industrias bélicas. Había siempre niebla cuando alzábamos el vuelo y sentíamos algo como música. ¿Qué pasaba en Kaufbeuren?* El cardenal Faulhaber lo sabía y contó al oficial la historia de la beata Crescencia que él no conocía.

La salvación de esta ciudad fue obra de la beata y fue inmortalizada en dos pinturas: una de Golazewsky (en Múnaco de Baviera en 1952) que está sobre la escalera del monumento a Crescencia en el monasterio de Kaufbeuren y otra en la parte externa de la capilla de Fátima, que fue erigida sobre un monte de Kaufbeuren. El milagro de la salvación de la ciudad fue también cantado por algunos poetas como Guggemos.

En 1984 todos los documentos, las declaraciones de testigos y los registros de las operaciones aéreas que debían certificar el hecho milagroso de la salvación de Kaufbeuren el 12 de abril de 1945, fueron recogidas en un volumen de 138 páginas y expedidos a Roma para promover el proceso de canonización de la beata Crescencia, que había sido beatificada en 1900.

El obispo de Augusta para rechazar cualquier argumento en contra pidió a la oficina de investigaciones de ciencias militares de Friburgo, cuando toda la información se encontraba ya en Roma, que hiciera una pericia complementaria que se esperaba sería convincente para todos. El resultado fue presentado en 1987 y era claro y contundente: *la interpretación milagrosa de la salvación de Kaufbeuren*.

El cristiano creyente sabe que Dios acompaña con señales y prodigios el camino de la Iglesia, pero sabe también que en este camino hay y habrá periodos en los que Dios se retira aparentemente. ¡Cuántos milagros hay en la biografía interior de cada cristiano y del pueblo de Dios, que no se pueden demostrar y que con frecuencia son más grandiosos que los milagros registrados en el mundo visible <sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> Läßle Alfred, *Inchiesta sui grandi miracoli della storia*, Ed. Piemme, 1995, pp. 252-255.

## SUPERIORA

La Superiora Madre Juana Altweger, murió el 20 de junio de 1741 y el 23, bajo la presidencia del provincial Bonifacio Schmidt, las religiosas votaron a Crescencia. Ella lloraba y estaba como aterrorizada. Tuvieron que ayudarla a acercarse al lugar donde debía arrodillarse. Dijo a las hermanas: *Habéis elegido como Superiora a la más miserable. No soy nada ni entiendo nada. Soy una pobre hija de un tejedor. No sé dirigirme a mí misma y menos a los demás.* Pero el provincial tomó la palabra y le obligó por obediencia aceptar el cargo. La obediencia hizo un milagro, pues cesaron sus lágrimas y su aspecto cambió, de turbado a sereno y tranquilo, y toda resignada aceptó la cruz de las manos de Dios. Al mismo tiempo pidió y obtuvo una Superiora para su propia persona y le dieron a la Madre Vicaria. Gobernó a las hermanas durante tres años con tal prudencia, caridad y humildad que ya dentro y fuera del monasterio se atrajo la admiración de todos. Ella que había sido tantas veces maltratada en un principio por su pasado y entrar sin dote, se convirtió en la segunda fundadora del monasterio <sup>43</sup>.

Mientras fue Superiora, todas las hermanas podían ir a contarle sus dudas, tentaciones y penas. Las escuchaba y cada una quedaba consolada y con ganas de avanzar en su propia perfección. Decían todas: *Cuando la Madre Crescencia nos habla, nos sentimos renacer. Sus palabras son espíritu y vida.*

Sor Rafaela refiere: *Durante el noviciado fui atormentada de desaliento hasta el punto que pensaba dejar el monasterio. Tuve la gracia de abrir mi corazón a la Madre Crescencia y ella me hizo esperar vivamente en Dios. Desde aquel momento hasta hoy he tenido perfecta paz* <sup>44</sup>.

En las Actas del Proceso de canonización se reporta el caso de la conversión maravillosa de un hombre que en el lecho de muerte no quería recibir los sacramentos. Escribieron a Crescencia y se consiguió lo que se deseaba. Los presentes, que lo vieron expirar, atestiguaron que tuvo sentimientos de contrición perfecta y quedaron admirados <sup>45</sup>.

En los últimos años de su vida, como ya era famosa, venían personas importantes a visitarla. Permanecía ante ellos con los ojos bajos y con las manos bajo el escapulario. Ella les decía que era la humilde hija de un tejedor y que había sido admitida en el convento por piedad sin dote.

---

<sup>43</sup> Jeiler, p. 303.

<sup>44</sup> Summarium N° 8.

<sup>45</sup> Jeiler, p. 225.

Los que no podían visitarla, se sentían felices de recibir una carta suya. De modo que la modesta hija de un tejedor tenía una gran correspondencia epistolar con personas importantes, entre ellas con la princesa Amelia, casada con el que sería el emperador Carlos VII, y que la visitó cuatro veces en el monasterio. Para atender la correspondencia tenía dos secretarias y así respondió miles de cartas. Cuando murió se le encontraron 877 cartas según refiere el padre Beniamino Elbel, tal como anotó en un documento del 17 de julio de 1747. Estas cartas fueron quemadas, porque muchas tenían cosas personales de conciencia.

Hacia el fin de su vida la fama de Crescencia traspasó los límites de Alemania y había llegado hasta oídos del Papa Benedicto XIV. El Papa mandó el 17 de mayo de 1744 al obispo de Ausburgo un Breve con relación a Crescencia, con el mandato de tomar enérgicas medidas para ver si todo era ilusiones o mistificaciones y enviar un resumen de la vida y milagros de Crescencia. El Papa creía que estaba todavía viva, cuando ya hacía seis semanas que había muerto. Sin embargo, el obispo tomó el asunto en serio y algunos teólogos encargados abrieron el proceso de canonización en el convento de Kaufbeuren el 16 de septiembre de 1744.

## SUFRIMIENTOS

Tenía tanta devoción a los dolores de Jesucristo que pidió al Señor poder compartir un poco los dolores de su cruz. Ella mortificaba su cuerpo, añadiendo a los ayunos de la Iglesia otros ayunos. También se disciplinaba con frecuencia. Los alimentos de su mesa le parecían demasiado sabrosos y mezclaba algunas hierbas o píldoras amargas. Era muy austera.

Con los años, las enfermedades de Crescencia fueron presentándose de modo inexplicable para los médicos. Tenía un calor ardiente que le corría por las venas y le ocasionaba una sed ardiente. También tenía dolorosas punzadas que le impedían caminar a veces. Los remedios que le daban no le hacían nada, pero, de tiempo en tiempo, los males cesaban y quedaba totalmente curada. Un confesor del convento declaró: *En febrero de 1718 Crescencia tuvo una peligrosa fiebre por una inflamación de los intestinos. Le parecía que tenía fuego en el interior de su cuerpo y al mismo tiempo temblaba de frío. Una sed intensa la agobiaba, tenía insomnio y no podía descansar. Preveía que pronto moriría, porque las medicinas no hacían efecto. Por eso se pensó en darle la comunión por Viático y administrarle la unción de los enfermos, pero, cuando toda esperanza parecía perdida, se curó. El día 4 de febrero de ese año 1718 me notificó que su esposo Jesús le manifestó que al día siguiente sería curada y liberada de todo dolor y se levantaría de la cama para ir a misa.*

*Esto se realizó así y ella se levantó como si nunca hubiese estado enferma y asistió a misa. Esto lo certificó con mi firma y sello a 24 de febrero de 1718* <sup>46</sup>.

## **HUMILDAD Y OBEDIENCIA**

Sor Crescencia era de mediana estatura, de buena figura y aspecto compuesto de dignidad. Era de cuerpo delicado y de rostro blanco. Se le podían contar las venas. Tenía un voz dulcísima y una palabra que tocaba el corazón, pero a la vez era muy humilde y obediente.

Cuando estaba en éxtasis, bastaba una señal u orden de la Superiora para volver en sí. Una mañana el confesor la vio arrodillada en el coro con los ojos cerrados en éxtasis. Sabía que estaba enferma y creyó bueno hacerla sentar. Apenas alzó el índice para hacerle saber su deseo, Crescencia se sentó. Durante años Crescencia se confesaba dos o tres veces por semana y en los últimos años de su vida lo hacía todos los días.

Sor Gabriela Merz escribió en su biografía: *Cuando yo la había entristecido por alguna desobediencia o la había ofendido con alguna palabra, ella me pedía humildemente perdón. Yo era entonces todavía una novicia. Con estas cosas me rebajó mi orgullo.*

Otra hermana, Miguelina Weiss, dice: *Recuerdo que en el noviciado yo era poco dócil con la Madre Crescencia de modo que oía sus avisos, pero no obedecía por mi amor propio. Me reprendía, pero debo añadir que al mismo tiempo ella hacía las cosas que yo debía haber hecho y que me causaban repugnancia.* Otra hermana, sor Josefa, refiere que Crescencia con mucha mansedumbre soportaba las quejas o palabras injuriosas que le decían algunas ancianas, cuando alguna novicia cometía alguna falta <sup>47</sup>.

Uno de sus confesores declaró: *Yo atestiguo delante de Dios que he sido confesor ordinario de este monasterio de Kaufbeuren y digo que en el espíritu de sor María Crescencia no había engaño según yo la pude conocer. Su humildad era extraordinaria y era obediente en todo. Su resignación también era absoluta en medio de los innumerables sufrimientos que padecía en el cuerpo. Tenía horror a todo lo que pudiese ofender la castidad y todo lo ofrecía a Dios con amor. Su vida era verdaderamente seráfica* <sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> Sumario adicional, pp. 8-9.

<sup>47</sup> Summarium N° 212.

<sup>48</sup> Sumario adicional, p. 12.

Apenas Crescencia fue elegida Superiora, le pidió al provincial franciscano que le nombrara a ella una Superiora a quien obedecer. El provincial dio este encargo a la Madre Vicaria, Ana Neth, y era digno de verse cómo ella, siendo la Superiora, la obedecía como un niño.

Su humildad se manifestaba también en el rezo del Oficio divino. El padre Pamer afirmó que Crescencia, cuando rezaba el *Gloria al Padre*, inclinaba la cabeza profundamente como si quisiera que le cortaran la cabeza para gloria de Dios y de la fe católica <sup>49</sup>.

## LOS POBRES

Amaba muy especialmente a los enfermos y a los pobres. Su hermana Regina declaró que todo dolor y miseria del prójimo le inspiraba una gran compasión. Su ternura se extendía también a los animales y no podía verlos llevar al matadero. Apenas veía un mendigo llamar a la puerta de su casa, volaba a recibirlo con palabras amorosas y de respeto como si fuese un rey y después, si estaban comiendo, pedía permiso para darle una parte de su comida. Solía tomar poco alimento y poca bebida y dormir pocas horas.

Por amor a la virtud de la pobreza tenía sumo cuidado en todas las cosas del monasterio y no perdía ni un grano de legumbre, ni una hoja comestible, buscando aprovechar las cosas todo lo posible

Durante 16 años desempeñó el oficio de portera, haciéndose querer por las personas que acudían al monasterio por su buen trato, especialmente con los pobres, pues siempre acompañaba la limosna con palabras amables. Por esto mereció el título de madre de los pobres, que se quedaron inconsolables cuando la quitaron de la portería <sup>50</sup>.

En el documento del Proceso *Informatio, animadversiones, responsio super virtutibus*, del año 1797, se refieren algunos milagros realizados durante su vida. Se dice que, cuando era portera, multiplicaba el pan muchas veces para darles a los pobres <sup>51</sup>.

Un día se presentó en el monasterio un pobre mendigo. Ella le dio en un plato de plata un pedazo de pan. El mendigo aceptó y al momento desapareció, dejando el plato con esta inscripción: *En recompensa por tu buena acción, yo te*

---

<sup>49</sup> Carta del 3 de enero de 1756.

<sup>50</sup> Summarium N° 10.

<sup>51</sup> Summarium N° 22.

*daré la vida eterna. Nosotros, dice la biógrafa Camille Pouliot, hemos visto en el convento de Kaufbeuren este plato de plata que tiene esas letras trazadas por un ser sobrenatural*<sup>52</sup>.

## SU MUERTE

Crescencia al acercarse la hora de su muerte, constituyó herederos de todos sus méritos y de las misas y plegarias e indulgencias que le ofrecieran después de su muerte, a las almas del purgatorio.

Uno de los testigos del Proceso refiere que Crescencia le dijo en la última Navidad de su vida, que estando en el coro, vio pasar al Niño Jesús con manto y bastón de peregrino. Ella le preguntó adónde iba y le respondió: *A la eternidad*. Por esto, las hermanas pensaron que le quedaba poco tiempo de vida, como así fue<sup>53</sup>.

Antes de morir, hizo escribir al padre provincial para que le diera permiso para morir. El provincial respondió: *En nombre de Dios y según sus deseos, os doy el permiso pedido*. La sierva de Dios sintió una inmensa alegría, porque de esta manera su último respiro sería un acto de obediencia.

El 27 de marzo de 1744 quedó en éxtasis por largo rato. Al volver en sí contó que los santos, a quienes durante su vida había invocado para que le asistieran en su muerte, le habían prometido venir en el último momento para estar a su lado.

Unos días antes de su fallecimiento, pidió la unción de los enfermos, se confesó y recibió la comunión en Viático con admirable devoción. Después se acusó ante la comunidad de todas sus faltas y malos ejemplos y les agradeció de haberla recibido en la Orden.

Los últimos tres días de la Semana Santa sus éxtasis eran continuos, sobre todo el Jueves Santo después de comulgar. Este día salía de su cuerpo una fragancia suavísima, que se difundió por todo el monasterio. El provincial, que la había visitado el domingo anterior, volvió ese Jueves Santo y la encontró en éxtasis, la llamó y ella, obediente, volvió en sí. El provincial le pidió que dijera dónde había estado y qué había visto. Respondió: *Mi ángel custodio me ha llevado al monte Olivete, donde he encontrado a mi celeste esposo en oración*.

---

<sup>52</sup> Pouliot Camille, pp. 82-83.

<sup>53</sup> Sumario objecciona, p. 16.



*Me acerqué a adorarlo y a ofrecerme a padecer con él. Me dijo: Hija mía, tú padecerás y resucitarás conmigo* <sup>54</sup>.

El 5 de abril de 1744, día de su muerte, anunció por la mañana: *Moriré a medianoche*. Dejó como testamento todas las misas y oraciones que ofrecieran por ella a las almas del purgatorio. Y encargó que no le pusieran en la frente una corona de rosas, sino de paja.

Había dicho muchas veces que el arcángel san Rafael vendría en la última hora a presentarla ante el tribunal de Dios. Cerca de las once y media de la noche de su último día, el padre Pamer, acordándose de esta predicción, le dijo: *El arcángel Rafael vendrá pronto*. Y ella respondió: *Ya está aquí*.

En el momento de su tránsito sucedió algo extraordinario entre las hermanas. Estaban llorando y, al sonido de la campana de medianoche, en el mismo momento en que moría, se sintieron inundar de una inmensa alegría, cosa inexplicable. También en ese momento se difundió del cuerpo de la difunta una suave fragancia, que se extendió por todo el monasterio. Era el 5 de abril de 1744. Moría a los 61 años de edad y 5 meses. Había pasado 41 años en el monasterio.

También se apreció otro prodigio. Su rostro deformado por tantas enfermedades, después de su muerte apareció con una belleza celestial. Sus labios, quemados por la fiebre, parecían hojas de rosa. La cabeza inclinada sobre el pecho tenía el aspecto de quien sueña con visiones celestiales y todo su cuerpo parecía como de una virgen jovencita en la flor de la edad. Cuando la levantaron del lecho, su cadáver se mantuvo en pie sin apoyo; después quedó sentado un cuarto de hora sobre una banca sin apoyo. Sus miembros estaban flexibles como los de una niña.

La fragancia que salía de su cuerpo se mantuvo los tres días que estuvieron expuestos sus restos mortales ante la gente y en este tiempo hubo algunos milagros. El hijo de un curtidor de pieles de Kaufbeuren había nacido con una hernia que no se podía curar. El recién nacido no hacía más que llorar día y noche. Su padre se acercó al féretro de Crescencia y le rogó curar a su hijo y en ese momento, el niño dejó de llorar y se dieron cuenta de que estaba curado. Con el tiempo este niño, llamado José, llegó a ser el párroco del lugar.

Otro caso: María Teresa Satzger, joven de 24 años, estaba enferma con diversos males. Era tanta su debilidad que no podía sostenerse en pie. Con ayuda

---

<sup>54</sup> Ott, libro IV, cap. 2.

pudo acercarse al féretro y le pidió a Crescencia por su salud. Y la maravilla se realizó a la vista de todos los que estaban presentes.

Otra mujer, Apolonia Metz, sufría desde hacía 16 años violentas y terribles tentaciones de odio contra sus padres. Corrió a ver a Crescencia en su féretro y también ella fue escuchada, ya que las tentaciones cedieron y sintió un gran amor filial, tierno y permanente hacia sus padres.

El miércoles 7 de abril fue sepultada. No se observó en su cadáver ningún signo de corrupción. Tenía la misma frescura y flexibilidad que el día de su muerte.

## **DESPUÉS DE SU MUERTE**

Desde el día de su muerte hasta 1779 más de 80 príncipes y princesas visitaron su sepulcro, entre los ilustres visitantes anotemos a la emperatriz de Austria María Teresa. Desde 1772 a 1779 visitaron su sepulcro mes de 350.000 peregrinos, casi todos confesaban y comulgaban y muchos dejaban exvotos para recordar alguna curación o beneficio recibido de la santa.

Y esto sin contar las muchísimas conversiones, incluso de algunos que habían hecho pacto con el demonio o estaban desesperados a punto de suicidarse. Una viuda rica había caído en la pobreza y, llevada de la desesperación, comenzó a caminar hacia el río y se tiró al agua. De pronto una mano invisible la agarró y la llevó a la orilla, mientras vio a una religiosa que se alejaba. Ella pensó: *Debe ser Crescencia que yo he invocado*. Decidió ir a confesarse y visitar el monasterio de Kaufbeuren. Desde ese día sus negocios mejoraron y llevó una vida tranquila. En varias ocasiones regresó al sepulcro de la santa para agradecerle por haberle salvado la vida.

El padre Ott dice que muchos milagros realizados por intercesión de Crescencia no fueron registrados. En el convento se conservan centenares de atestados. Basta decir que en 1779 fueron registrados 230. El señor Hautzenstein había recogido por su cuenta 80.

En las Actas de beatificación hay un registro de 30 milagros, de los cuales ocho fueron examinados especialmente. Veamos uno de ellos.

María Francisca Prix, hija de un médico, tenía 13 años y tenía una fistula que la atormentaba mucho y de la que salía mucho pus y tenía muy mal olor. Tenía también mucha fiebre. El hermano de la enferma, que también era médico, consultó con un cirujano, quien le dijo que tendría que perder el ojo en el que

estaba la fistula. La enferma ante este panorama invocó con fe a Crescencia y prometió en 1773 un ojo de plata a su tumba, si se curaba. Sin otro remedio, la llaga y fistula desaparecieron con gran admiración de los médicos <sup>55</sup>.

Otro caso presentado para la beatificación: María Josefa Herterich tenía un año y medio y al caerse se había roto la espina dorsal. La niña lloraba mucho y no podía estar sentada o acostada. Sus padres se encomendaron a Crescencia, prometiéndole ir a visitar su sepulcro en peregrinación y le daban a la niña agua en la que habían metido un rosario de la santa. El milagro se realizó, cesó el dolor y la columna vertebral se restableció y podía caminar sin dificultad. Solía ir todos los años a visitar a su bienhechora. Este hecho lo contaron 17 testigos bajo juramento.

Otro caso: María Ana Oegg, de 65 años, sufría desde hacía 13 años de una hernia peligrosa. El cirujano no había podido curarla. El 21 de febrero de 1772 la hernia salió y el cirujano no pudo hacer nada. Temiendo su muerte le recomendó que invocara a Crescencia y le dio unos polvitos de las hojas pulverizadas del peral sobre el que Jesús se le había aparecido. Tomó los polvos, cesaron los vómitos y las vísceras entraron a su lugar y, a la mañana siguiente, estaba totalmente curada <sup>56</sup>.

Una joven de 19 años, Isabel Russ, el año 1774 tenía artritis y estaba muy hinchada. Estaba ya moribunda, cuando le pusieron sobre su cuerpo un pedacito del hábito de Crescencia y comenzó a disminuir la hinchazón y la artritis y se curó totalmente. Este milagro fue certificado por ocho testigos bajo juramento, entre los cuales una protestante, Margarita Glaser,

Una niña protestante, Eufrosina Hag, de tres o cuatro años, perdió totalmente la vista. La criada católica hizo una novena a la beata Crescencia y visitaba cada día el sepulcro de la santa, a la vez que le limpiaba los ojos a la niña con agua del sepulcro de Crescencia. Al décimo día Eufrosina abrió los ojos claros, bellos y vivaces, como se hubiera podido desear. Esto sucedió en 1766 y todos en la ciudad de Kaufbeuren conocieron este milagro y pueden dar testimonio del mismo <sup>57</sup>.

---

<sup>55</sup> Este milagro fue aprobado por la Congregación de las Causas de los santos del Vaticano.

<sup>56</sup> Este milagro fue certificado por 14 personas; Jeiler, pp. 372-373.

<sup>57</sup> Jeiler, p. 378.

## **SEGUNDA FUNDADORA**

Crescencia puede considerarse como la segunda fundadora del convento. Ella les transmitió su espíritu de modo que 40 años después de su muerte, es decir, hacia 1782, el obispo auxiliar de Ausburgo escribía del excelente estado del monasterio que puede y debe ser llamado el más floreciente Instituto de piedad y perfección.

Tuvieron que sufrir leyes restrictivas, entre ellas un decreto que prohibía que vendiesen o regalasen cualquier bien al monasterio. Junto al monasterio había una taberna frecuentada por personas de la peor calaña, lo que era motivo de gritos y blasfemias que las molestaba sobre todo en tiempo de su oración en el coro. Querían comprar ese local para evitarse las molestias, pero el decreto lo prohibía. Gracias a Dios el alcalde protestante por afecto a Crescencia se lo vendió.

Las religiosas en ese tiempo no atendían enfermos ni educaban chicas, como hicieron después. Una semiclausura las separaba del mundo. Vivían bajo la jurisdicción de la provincia franciscana de Estrasburgo y correspondía al provincial franciscano hacer la visita canónica cada año y presidir las elecciones y corregir abusos y resolver los casos difíciles. Los confesores no eran franciscanos, eran del clero diocesano hasta 1719, año en que vinieron los jesuitas.

Después de la muerte de Crescencia durante todo el siglo XVIII, el monasterio se mantuvo en estado floreciente como ella lo había dejado. En 1802 una ley prohibió la aceptación de novicias y fueron confiscados los bienes y, si las religiosas no fueron expulsadas, se debió al hecho de que los comisarios encontraron el convento demasiado pobre para cualquier otro uso. Las religiosas se consolaban con una profecía de Crescencia que les había asegurado que el monasterio sería suprimido, disminuiría el número de hermanas, pero la comunidad no perecería y con el tiempo llegaría a ser más numerosa que nunca antes.

En 1831 la comunidad seguía adelante cuando el rey de Baviera Luis I dio permiso para recibir novicias con la condición de que tuvieran chicas para educarlas. En ese tiempo todavía vivían seis de las veinte y la Superiora era Francisca Wiedeman. En 1864 había 60 y tenían una escuela primaria para niñas.

Lo más importante es que Crescencia llegó a ser una santa y por su intercesión Dios sigue haciendo muchos milagros a sus devotos. Ella sigue viva en el cielo y sigue derramando abundantes bendiciones sobre todos los que la invocan con fe.

Su beatificación tuvo lugar el 7 de octubre de 1900 por el Papa León XIII y su canonización el 25 de noviembre de 2001 por el Papa Juan Pablo II. Su fiesta es el 5 de abril, día de su muerte. Se le suele representar con un libro en la mano y un crucifijo, para dar a entender que ella leía muchos libros sagrados, especialmente los Evangelios, y porque su devoción principal era Jesús crucificado con Jesús Eucaristía.

## CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de santa Crescencia, podemos alabar a Dios por las maravillas que hizo en su vida. Como católicos, nos sentimos orgullosos de ella y de tantos y tantos santos que adornan la historia de la Iglesia y que nos confirman más y más en todas las verdades de nuestra fe católica.

Por eso, leer la vida de los santos es una fuente de gracia y bendición para nosotros. Ellos nos recuerdan que esta vida es breve y que debemos vivir para la eternidad. Que vale la pena ofrecer nuestras obras, alegrías y dolores al Señor para darles así un sentido sobrenatural. Debemos vivir para la eternidad que nos espera y no para los cuatro días de este mundo. Crescencia, como muchos otros santos, tuvo la gracia de poder conocer el cielo, el infierno y el purgatorio, verdades fundamentales de nuestra fe y que debemos creer para vivir esta vida en una perspectiva de eternidad.

Aprendamos de ella a amar a Jesús y a María sin condiciones y no olvidemos que tenemos un ángel custodio que nos acompaña como un amigo inseparable. Santa Crescencia veía a su ángel custodio y nos puede enseñar por propia experiencia las bendiciones que podemos recibir de él, si lo invocamos y pedimos su ayuda y protección, especialmente contra las tentaciones y ataques del demonio. Que Dios te bendiga, amable lector, y seas santo. Este es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo para siempre.  
P. Ángel Peña O.A.R.  
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en  
[www.libroscatolicos.org](http://www.libroscatolicos.org)

